



Por primera vez
publicado en el blog
ficción femenina

Baile de invierno

relato a la Austen

#Fanfic

por ms. cowani



Por primera vez
publicado en el blog
ficción femenina

Baile de invierno

relato a la Austen

#Fanic

por ms. cowoani

Título

Baile de
invierno
relato a la Austen
por sus costumbres

Derechos

Título: Baile de invierno

Copyright © 2020 M. Cavani

El siguiente relato es un *fanfiction* de las novelas de Jane Austen, que ha sido publicado, con el debido respeto, por primera vez, en el blog *Ficción Femenina*, en diciembre 2019, como un tributo a la autora, y que representa una revisión ampliada del mismo. El relato corresponde a la serie “Relato a la Austen” inspirada en las novelas de Jane, que puede contener citas de sus libros; no obstante es una obra de ficción, que sigue el hilo de sus novelas desde una nueva perspectiva.

Primera edición.

Tabla de contenido

[Título](#)

[Tabla de contenido](#)

[Sinopsis](#)

[Prefacio](#)

[Dedicatoria](#)

[Pasaje](#)

[Conociendo a Emma Woodhouse](#)

[Un baile afortunado en una gran noche](#)

[Sugerencias](#)

[Una verdad universalmente reconocida](#)

[Sentimientos revelados y encontrados](#)

[Algo de orgullo y un poco de prejuicio](#)

Sinopsis

Tras su éxito al conseguir la boda entre su institutriz y el señor Weston, Emma Woodhouse se plantea una nueva unión, la de su amiga Harriet Smith y un viejo amigo de la familia, el señor Charles Bingley, para lo cual ha organizado el primer baile público de la temporada en Highbury.

Baile de invierno es el primer relato de la serie "Relato a la Austen", un divertido *fanfic* de las novelas de Jane Austen, un homenaje a la autora desde el punto de vista de una de sus lectoras.

Prefacio

Que los personajes de las novelas de Jane colisionen en un solo argumento ha sido mi fantasía durante algún tiempo, un escenario así de versátil y caótico al mismo tiempo, en el que la superioridad de Emma, el raciocinio de Knightley, el orgullo de Darcy, el prejuicio de Lizzy, la sensatez de Elinor, la sensibilidad de Marianne, la fragilidad de Anne, la reserva del capitán Wentworth, la fidelidad de Fanny, la ingenuidad de Catherine y el snobismo de Henry se encuentren. Así, el pasado diciembre se me ocurrió dar rienda suelta a mi imaginación y desarrollar esa fantasía haciendo un conjunto de publicaciones que coloqué en mi blog, *Ficción Femenina*, y que titulé *Baile de invierno*, un pequeño mundo en el que las novelas de Jane Austen se han fusionado para formar una sola.

Baile de invierno es el primer relato de una serie que he titulado “Relato a la Austen”, que serán publicados en mi blog *Ficción Femenina* y que posteriormente, luego de ser revisados, convertiré en ebooks para aquellos que prefieren leer en *reader*. El primero, contra todos los pronósticos, se desarrolla en Highbury y viene comandado por la señorita Emma Woodhouse.

Dedicatoria

*Para Jane.
Siempre serás mi inspiración.*

Pasaje

*¿Y nunca ha conocido usted el placer y el triunfo de una intuición
afortunada?*

De la novela *Emma*.

Conociendo a Emma Woodhouse

Como solía suceder en reuniones similares, John Knightley, el cuñado de Emma, se reclamaba su asistencia a un baile como éste, especialmente cuando había una nevada salvaje afuera, posiblemente todos llevaban ropa más ligera de la que requería el mal tiempo y sinceramente él prefería tener una cena tranquila en casa.

—Mi querida Emma —comenzó Harriet Smith, luego de que dejaran instalados en una mesa a Isabella, la hermana de Emma, y a su esposo—, el salón está precioso, los candelabros exquisitos y el cuarto de juegos perfectamente ubicado, como siempre un éxito propio de la señorita Woodhouse.

Las jóvenes iban tomadas del brazo, mientras paseaban por el salón del Corona, una hostería que había visto sus mejores tiempos en el pasado y que ahora Emma, con este baile, pretendía devolver al brillo de aquellos años cuando los aficionados a la diversión del baile habían sido numerosos.

—No ha sido nada, mi querida Harriet —las muchachas sonreían y hacían deferencias a los conocidos que habían comenzado a presentarse al primer baile público de la temporada—, siempre es generoso realizar una labor como ésta, aunque no sea el crédito lo que busco, ya sabes.

Harriet Smith era una chica de diecisiete años por cuya belleza se había interesado Emma, que asistía al internado de la señora Goddard, cuya situación en el internado había sido elevada de colegiala a huésped, pero que tenía cierta característica desfavorable pues era la “hija natural de alguien”, sin embargo, luego del matrimonio de su institutriz, Emma la creyó perfecta para ser su nueva compañera.

—Pues todos deberían saber que este baile ha sido organizado por ti.

—No hará falta, mi queridísima, el crédito, te lo aseguro, se dará solo.

Las muchachas pasaron un poco más, ofreciendo encantos y sonrisas a cambio de felicitaciones, la sociedad de Highbury era siempre muy agradecida con los favores de los Woodhouse, la primera familia de la localidad.

—¡Mira, Emma, son los Weston! —Señaló la chica al reconocer a los amigos de su amiga. Emma sonrió, pero no pudo evitar cierta reserva al ver con ellos a la señorita Jane Fairfax, una joven huérfana, nieta de la señora Bates, amiga de la familia, por quien Emma sentía una marcada antipatía.

—Mi queridísima Emma —la señora Weston, su institutriz por dieciséis años, la recibió en un abrazo—, el lugar está precioso.

—Así es, así es —opinó su esposo—, eres inigualable para estas cosas como para otras —miró de reojo a su esposa, Emma fue la genio a la que se le atribuyó la historia romántica entre el señor Weston y su institutriz—. Tienes muy buen ojo, hija, muy buen ojo. Pero te tengo una primicia —se acercó un poco más a ella para confiarle algo que en realidad fue audible para todo el grupo—: Esta noche te presentaré a Frank.

Frank Churchill era el hijo del señor Weston, que fue adoptado por el matrimonio conformado por el hermano de su primera esposa, luego de la muerte de ésta, y por quien los Weston tenían planes en los que Emma estaba incluida.

—Nos complacerá con su visita, al fin —a Emma le pareció que Jane, con quien apenas había tenido una inclinación de cabeza como saludo, desvió la mirada como si no le importara algún punto de la conversación—. Ya sabe cuánto quiero conocerlo.

—Pues hoy será nuestro día, amiguita —le advirtió con un guiño.

Luego de unos minutos de conversación que giraron alrededor de la llegada de Frank Churchill a Highbury directo al baile, los Weston, acompañados de su confundida amiga, continuaron hacia el cuarto de juegos.

—¿Has de creer lo que he conseguido? —Le dijo a Harriet, que la miraba como a un ídolo, cuando retomaron el paseo—. Todos pensaban que la señorita Taylor se quedaría solterona, sin embargo ahora es una mujer felizmente casada gracias a mí. Como dijo el señor Weston, tengo muy buen ojo para estas cosas.

—No lo dudo. Eres extraordinaria, Emma.

Acostumbrada a que le adularan, Emma miró a su nueva amiga con una idea que desde que recibió la carta de otra amiga, Caroline Bingley, anunciando su venida a Hartfield no había dejado de revolotear en su cabeza.

—Tengo planes para ti también.

—¿Para mí?!

—Así es. Ahora mismo estoy deseosa de que conozcas a los Bingley.

—¿Quiénes son?

—Una distinguida familia de Derbyshire, Caroline es mi amiga desde hace algunos años, nos conocimos en Londres, alguna vez que visité a Isabella, allí nos presentamos en bailes y fuimos al teatro, su hermano Charles es la persona más agradable sobre la Tierra, tiene un carácter dócil, es amable como ninguno, muy complaciente y jamás le he visto enfadado, estoy segura de que te encantará, además de que, mi querida Harriet, con la ventaja de una renta de cinco mil libras al año, y con la desgracia de tu nacimiento, es exactamente el tipo de amistad que te conviene.

—¡Ah...! ¡Oh...! Mi querida señorita Emma, es muy amable de tu parte lo que quieres hacer por mí, pero... Mmmm...

—¿Qué sucede, Harriet?

La mirada de Harriet se trasladó hacia una esquina del salón, en la que un joven la miraba también. Éste era el problema con los bailes públicos, que se acercaba toda clase de gente, pero era una retribución que Emma sentía que le debía a su sociedad.

—Verás, desde que tuve el honor de ser invitada con la familia Martin...

—¿La familia Martín?

—Pues... —la tímida chica, ya ruborizada, bajó la mirada—, creo que estoy enamorada del señor Robert Martin.

—¿Del señor Robert Martin?

La mirada de Harriet se trasladó nuevamente a esa esquina del salón en la que Emma bien podía reconocer al granjero solitario, que no estaba a la altura de la mejor amiga de la señorita Emma Woodhouse, y que en comparación con las amistades que estaba por presentarle, era una desventaja para todos.

—Mi querida Harriet, eres muy divertida, espera que conozcas al señor Bingley, que compares lo que es un caballero de un granjero y lo que es estar en la buena sociedad y te aseguro que no recordarás que una vez conociste al señor Martin.

Insegura de sus sentimientos, Harriet se ruborizó, pero optó, muy confundida, por sonreír y continuar así, del brazo de su amiga, en un baile que apenas estaba por comenzar.

Un baile afortunado en una gran noche

La señora Bennet escuchó el rumor de que un tal señor Bingley, con una importante renta anual, se presentaría en el baile.

—Jane, mi preciosa Jane —tomó los bucles de su hija mayor entre los dedos y trató de mejorarlos—, no hay una jovencita más hermosa que tú en toda Inglaterra. Hoy es tu gran noche.

Cuando la señora Bennet hablaba de la “gran noche”, Jane y todas sus hermanas sabían a qué se refería; con cinco hijas, todas casaderas, y sin la posibilidad de heredar la propiedad de la familia en Longbourn, debido a que no tenían descendiente directo por la línea masculina, conseguirle marido a cada una era su objetivo de vida; el ingenio de la señora Bennet era de tal oportunidad que era capaz de enviar caminando, bajo un aguacero, a una importante cena, a su hija mayor, previendo que dicha situación significaba que podía quedarse de invitada en una gran casa con tal de conquistar a su adinerado dueño.

—Escúchame bien. Acabo de saber que esta noche se presentará en este baile un hombre que gana ¡cinco mil libras al año!

—¿Qué?! —Se cuestionaron Jane, su hermana menor Lizzy y Charlotte Lucas, su vecina, que había viajado con los Bennet, desde Hertfordshire, para pasar unos días en Kent, hacia donde originalmente se dirigía la familia antes de que se desviaran a Highbury; las chicas, en especial las menores, Lydia y Kitty, estaban desesperadas por asistir a un baile, no habían escuchado de alguno en las posadas en las que se hospedaron en el trayecto del viaje, que también tenía propósitos de esparcimiento, y éste, anónimamente organizado por Emma Woodhouse, cuyos carteles de invitación los habían visto alrededor del camino, representaba una gran opción. En Kent residía el señor Collins, un primo distante del señor Bennet y su heredero oficial, con quien su esposa tenía secretas intenciones de casar a Jane. Sin embargo, con la oportunidad que acababa de presentarse en el baile, transfería esos dichos planes a su segunda hija, Elizabeth.

—¿Viene solo, mamá? —Le preguntó Lizzy, tratando de ocultar una sonrisa, ella era la única de sus hijas capaz de adelantarse a los sentimientos de su madre.

—Aparentemente viene acompañado de su hermana.

—Oh..., es una lástima, esperaba que pudiera tener un hermano igual de afortunado —las chicas soltaron una breve carcajada, Lizzy siempre las hacía reír; a su madre, sin embargo, los sarcasmos de su hija generalmente le pasaban inadvertidos, no obstante era muy consciente de que, entre las cinco, ésta era la indomable.

—Si conseguimos que ese tal señor Bingley se fije en tu hermana, será un alivio para la familia. Iré a advertirle al señor Bennet que debe ofrecerle sus respetos apenas se presente en el baile y que debe entonces presentarlo con ustedes sin pérdida de tiempo.

Aunque sus deseos los había colocado todos sobre Jane, la señora Bennet se complacía con que cualquiera de sus hijas conquistara al desconocido.

Las hermanas Dashwood también estaban de paso por Highbury, viajaban a Londres con su vecina, la señora Jennings, que se había detenido en el pueblo por unos días para saludar a una vieja conocida suya, la señora Goddard. Había sido cuestiones del azar que la tarde anterior todas hubieran coincidido en la tienda de Ford, que intercambiaban opiniones similares sobre muselinas y que ello bastara para que no quisieran separarse e hicieran planes para encontrarse en el baile. En la opinión de Lizzy, Elinor y Marianne eran dos jóvenes encantadoras, sencillas y de modales poco afectados, con quienes, desde la tarde anterior, había establecido lazos, especialmente con la

alegre y espontánea Marianne, sin embargo la prudente y reservada Elinor no le desagradó, el juicio era lo que la determinaba, y Lizzy consideraba que siempre hacía falta alguien con esas características en un grupo de amigas.

—Te he extrañado un montón —Marianne iba enganchada al brazo de Lizzy para pasear por el salón.

—Yo también —sonrió, la alegría de Marianne era algo que a Lizzy le parecía contagioso.

—¿Sabes qué? Tengo el presentimiento de que ésta será una gran noche.

—¿Lo crees?

—Sí, mira, hemos venido a coincidir todas acá, además Anne, amiga de la familia, también está aquí, en Highbury, ¿has de creerlo? Es muy afortunado. Por esto, esta mañana me he permitido una pequeña excentricidad y me he comprado este par de guantes en la tienda de Ford.

Al decir esto, Marianne dejó el brazo de Lizzy para concentrarse en sacarse uno de los guantes y mostrárselo, en cuyo intento, ninguna de las dos miró un pequeño peldaño que separaba un ambiente de otro y Marianne cayó de bruces, diciendo un pequeño quejido al tocarse el tobillo.

—¿Está usted bien?

De pronto, Marianne se dio cuenta de que ya no estaba en el suelo, sino en los brazos de un joven atractivo, muy parecido a lo que la imaginación le describía sobre los héroes de sus relatos favoritos, alto y de una belleza muy masculina.

—Sí..., eso creo —replicó nerviosa.

—¿Cree poder ponerse de pie?

—Creo... —balbuceó.

—Tenga cuidado —le advirtió Lizzy, que en lugar de parecer preocupada estaba muy divertida de su situación.

—¿Es el tobillo?

—Sí.

—¿Le duele?

—Solo un poco.

—¿Estás bien, Marianne?

Al ver que algo pasaba en el punto donde estaban su hermana y Lizzy, Elinor se dirigió rápidamente para atender la situación.

—Evite apoyar el pie directamente —le escuchó decir al extraño que devolvía a su hermana al suelo—. Sea cuidadosa.

Marianne fue obediente, asintió a la pregunta de su hermana, y se masajeó un poco el pie, apenas una torcedura, nada de qué preocuparse. Luego les mostró a todos que estaba perfecta.

—¡Felicidades! No le ha pasado nada —le dijo el joven.

—Así parece.

—Mi nombre es Willoughby y usted, lo he escuchado, es Marianne.

—Marianne Dashwood.

El joven hizo una respectiva inclinación para ofrecerle sus respetos.

—Ella es mi amiga, Elizabeth Bennet y ella —acercó a Elinor— es mi hermana.

—Es un honor conocerlas. Ahora bien, Marianne, me parece que la única forma de saber si su pie está bien es poniéndolo en movimiento, ¿qué dice si bailamos?

Marianne miró de reojo a su hermana, consciente de que no estaría de acuerdo en lo que estaba por hacer pero su amiga intervino.

—Definitivamente es la única forma de saber que estás bien.

Y con esto, Marianne supo que era libre de tener su primer baile afortunado en una gran noche.

Pero no pasó mucho tiempo sin que las demás jóvenes fueran invitadas a bailar, en especial para las hermanas Bennet menores, nada había superado el baile que la presencia de un regimiento, que raramente pasaba por el pueblo; Lydia y Kitty estaban felices de admiración hacia los casacas rojas, quienes, ensalzadas por estos, muy poco se alejaron de la pista, mientras que Mary solo encontró entretenimiento en el piano, las raras veces que la dejaron tocar. Si bien su hermana Marianne también se había ido a bailar con un recién conocido, a Elinor le pareció imprudente la conducta de las dos chicas Bennet y en silencio rezó por su propia hermana menor, Margaret, que se había quedado en casa con su madre, para que cuando tuviera edad suficiente para ir a bailes, no incurriera en tan vergonzoso error de pasar la noche bailando con tantas parejas; no obstante, prefirió reservarse su parecer a las hermanas Bennet mayores, que eran muy distintas a las menores, inteligentes y muy juiciosas, y que en este momento también habían ido a formar parte del cuadro de baile, mientras ella se acercó a Anne, su amiga por muchos años, con la que no esperó encontrarse en un baile tan lejos de casa.

Sugerencias

—Ha conseguido una buena reunión, Emma —le dijo el señor Knightley luego de dos horas de iniciado el baile más importante de la temporada.

—Me gusta que lo reconozca, señor Knightley, gracias.

—Bien organizado, además de que he observado que ha reunido un grupo muy interesante de amigos.

—Sí, aunque todavía no se presentan los Bingley.

—Ah, pero si es a los Bingley a quienes espera con tanta ansiedad, no se preocupe que he visto a su cochero afuera.

—¿Han llegado?

—Supongo que no tardarán en hacer acto de presencia frente a usted.

—Excelente.

—La veo muy entusiasmada. Habría pensado que se reservaba la emoción para el orgullo de Highbury.

—Si se refiere a Frank, su padre me ha asegurado que esta noche le tendremos aquí.

—La verdad, Emma, su presencia en este baile, o en cualquier otro, me tiene sin cuidado. Pero si no es por Frank por quien la he visto inquieta sino los Bingley, supongo que será porque desea reencontrarse con la señorita Caroline.

—Caroline es una parte de mis intereses, pero en realidad tengo planes con esa familia.

—¿Y qué se le ha ocurrido a la señorita Woodhouse esta vez?

—Si se lo digo me cuestionará hasta el final de mis días, así que prefiero reservarme la idea.

—Emma, ¿qué está tramando?

Ella sonrió y le admiró, el señor Knightley era un hombre de buen criterio, el único que cuestionaba cada uno de sus procedimientos, tenía algunos treinta y siete o treinta y ocho años, y aunque los separaba una diferencia de edad importante, con él Emma se sentía en total confianza.

—A menos que esté pensando en hacer una boda para sí misma con Charles Bingley, considere la gloria que ha conseguido con la unión de la señorita Taylor y el señor Weston y que, estando en la cúspide de los eventos, debería pensar en retirarse.

La sonrisa de Emma se volvió más espléndida.

—Para su tranquilidad no es para mí que estoy apartando al señor Charles Bingley, creo que le he advertido antes que no planeo casarme y que dedicaré mis días al cuidado de mi padre.

—Sí, me lo ha advertido, como dice, sin embargo cuando organiza un baile como éste, Emma, no sé si lo hace buscando reconocimiento o es esa cosquilla que sienten todas las jovencitas de su edad por encontrar marido. Pero, en resumen, si no es para usted, ¿con quién se le ha ocurrido relacionar a Charles?

Aunque trató de disimular, la mirada de Emma se posó sobre su nueva amiga, Harriet Smith.

—Pero por favor, Emma...

Siendo bella, inteligente, rica, sin nada que la afligiera o la enojase, el señor Knightley pensaba que Emma estaba siendo muy obstinada y bastante estúpida al insistir en esa amistad con la chiquilla Harriet Smith, que no estaba a la altura de su distinguida familia, pero que pretendiera atarla a uno de sus amigos, con el que además no tenía nada en común, le parecía algo fuera de control.

—Permita que las personas sean libres de escoger a su interés romántico.

—Me ofende usted.

—¡En absoluto! Pero piense que debería estar rodeada de jóvenes que compartan su nivel de educación y cultura. Ahora mismo, a través de mi amiga Anne, he conocido a cuatro de ellas.

—¿Ah, sí? ¿Y quiénes son esas personas tan dignas de mí?

—Las señoritas Bennet y las Dashwood, la misma Anne o Jane Fairfax.

Al notar el cambio en el semblante de su amiga, el señor Knightley no pudo más que lamentar esa obvia antipatía que su amiga sentía hacia Jane Fairfax, una de las jóvenes más queridas de Highbury.

—La señorita Elizabeth Bennet es quien ahora baila con el señor George Wickham, una joven muy interesante, de una mente muy despierta, compatible con la suya, Emma; apuesto que entre las dos tendrían muchas opiniones acerca de los bailes, las muselinas y los variados aspectos de la sociedad inglesa.

—¿Es esa la opinión que tiene de mí, bailes y muselinas? —Emma no le permitió responder—. Gracias por el interés en seleccionarme las amistades, señor Knightley, pero creo que puedo escogerlas bastante bien yo misma; en Harriet tengo todo lo que necesito. Ahora bien, a su amiga Anne, sí me gustaría saludar.

Con esta última inclinación de Emma, medianamente satisfecho por su intervención, el señor Knightley presentó su brazo para que su amiga lo tomara y con él se paseara por el salón para encontrar a Anne.

Una verdad universalmente reconocida

Es una verdad universalmente reconocida que en un baile público, en el que hay un centenar de jovencitas solteras, siempre será un inconveniente que sean muy pocos los caballeros dignos de desposarlas.

Cuando el grupo que conformaban los hermanos Charles y Caroline Bingley y Georgiana y Fitzwilliam Darcy se presentó en el baile organizado por Emma Woodhouse, la atención de los asistentes se detuvo en tan exclusivos invitados: a la señora Bennet se le iluminó el rostro, como si algo glorioso acabara de suceder; la señora Jennings, a quien las hermanas Dashwood acompañaban en su destino a Londres, desplegó la noticia entre los invitados, que personas muy ricas del reino habían hecho acto de presencia; y Lady Russell, amiga de Anne Elliot, pensó que finalmente, además de Emma, se habían presentado personas respetables en el baile.

Lizzy no tardó en darse cuenta de que el anticipado Bingley, del que les había hablado su madre, estaba presente en el baile, aunque en este momento no podía saber cuál de los dos señores era; pero también notó que en el grupo recién llegado la mirada de uno de los hombres, el más distinguido de los dos, de apariencia orgullosa, se había detenido en su pareja, que ambos se miraron con frialdad, y que la más joven del grupo también se ruborizó al mirar a Wickham. Por la tranquilidad de su hermana, pues sabía que su madre no descansaría hasta presentarlos, Lizzy deseó que no se tratara del señor Bingley.

A pesar de la reserva de la señora Bennet por las nuevas amigas de sus hijas mayores, todas solteras y en la competencia por obtener la atención del distinguido señor Bingley, apenas la miró, el gran invitado solo tuvo ojos para la muchacha más hermosa del baile. Complacida, la señora Bennet se felicitaba por la notoria preferencia, el señor Bingley y su querida Jane llevaban dos set de baile continuos y estaba segurísima de que al final de la noche Jane recibiría una importante atención de él, como una invitación a Netherfield Park, tan cerca de Longbourn, una propiedad que se rumoraba que este señor pensaba rentar en los próximos meses, con lo que, en poco tiempo, suponía la señora Bennet, habría boda en su familia, un tema que, además, no tardó en comentarlo con la señora Jennings, con quien la matriarca de las Bennet congenió en un instante, y a la que le encantaba el cotilleo romántico. Si tan solo su segunda hija, Elizabeth, corriera con la misma suerte, y el tal señor Darcy, del que pronto se supo que ganaba diez mil libras al año, se fijara en ella, se olvidaría de casarla con el señor Collins con tal de evitar que las sacaran de su propiedad cuando su marido sucumbiera.

—Descuida querida —le dijo el señor Bennet—, que con un poco de suerte, tal vez sea yo quien te sobreviva —era una posibilidad con la que solía divertirse cuando su mujer se ponía paranoica en relación a la injusticia de que Longbourn pasara a manos de un familiar lejano cuando el señor Bennet dejara el mundo de los vivos.

Pero a pesar de su renta, el carácter del señor Darcy quedó expuesto como el de un hombre distante, reservado y orgulloso, que solo bailó una vez con la señorita Caroline Bingley y otra con Emma, que no aceptó ser presentado con nadie más del pueblo y que de lejos se observaba su creencia de ser superior a todos en el salón. Para su propia tranquilidad se encontró con sus amigos George y John Knightley, en cuya compañía se mantuvo el tiempo que sus compañeros de viaje consideraron suficiente para partir del baile.

Así, preocupado por la distancia, su amigo Bingley se acercó para hacerle una oferta:

—¿Por qué no invitas a bailar a alguien, Darcy?

—Sabes que no bailo con desconocidas, además de que... —dejando la frase incompleta, le dio una mirada a su joven hermana, que, ruborizada, ocupaba un asiento junto a él.

—Pero sí que eres quisquilloso, Darcy. Palabra de honor que no había visto muchachas más bonitas en un baile.

—Tú has bailado con la única chica guapa del salón. Estás perdiendo tu tiempo conmigo, vuelve con ella o alguien más la solicitará.

—Es la criatura más bella que he conocido, pero tal vez consideres bailar con su hermana, que también es muy bonita.

Darcy desvió la mirada hacia el lugar que ocupaba la señorita Elizabeth Bennet, donde, en la compañía de su amiga Charlotte Lucas, ella estaba muy atenta a la conversación entre los caballeros. Sus miradas se cruzaron, él sintió un raro pinchazo en el corazón que le obligó a retirar la suya inmediatamente, pero luego hizo el comentario más hiriente que una chica pudiera tolerar.

—Gracias, pero no es lo suficientemente guapa para tentarme.

—Vamos, Darcy, no digas eso —intervino George Knightley.

—Lo siento, pero no estoy de humor para hacer caso a las jóvenes que otros han dejado de lado.

Desde su asiento, Lizzy suprimió una carcajada.

—Pero, por favor... —replicó el señor Knightley, que se levantó de su asiento y fue directo al lugar que ocupaba la señorita Elizabeth Bennet, extendiendo el brazo delante de ella en atención a un baile garantizado.

Sorprendida, Lizzy recibió la mano del apuesto caballero que antes había sido presentado a las hermanas mayores Bennet y a las Dashwood a través de Anne, se levantó y cruzó por un segundo la mirada con el señor Darcy, quien sintiendo nuevamente el pinchazo del lado izquierdo de su pecho la siguió con la mirada hasta que ocupó un lugar en el recuadro de baile con el señor Knightley.

Ni por todas las libras de Inglaterra a la señora Bennet le gustaría tener a un hombre como ese Darcy en su familia.

Sentimientos revelados y encontrados

Como en todo baile, siempre hay un grupo que destaca entre la totalidad, en éste era el de las Bennet y las Dashwood, que no tardó en ampliarse, además de Anne, pronto se unieron la señorita Jane Fairfax y dos jovencitas que fueron presentadas por Lydia y Kitty, como Catherine Morland y Fanny Price. Pero agotadas de bailar y a sabiendas de que a la mañana siguiente, como reclamaba una noche como ésta, no tendrían la oportunidad de reunirse para hablar del baile, pues cada una tenía su propio destino fuera de Highbury, se tomaron un momento para descansar y exponer sus reflexiones al respecto.

—Creo que le gustas... —Marianne le comentó a Lizzy refiriéndose a Wickham—, pienso que es encantador y se les ve muy bien juntos.

Lizzy lo buscó con la mirada, en ese momento el caballero bailaba con su hermanita Lydia, y sonrió sintiéndose un poco ruborizada, es cierto que habían bailado juntos más de una vez y durante el baile habían tenido chance de familiarizar un poco, especialmente Lizzy conoció detalles de su niñez y de lo injusto que fue con él la familia Darcy, con la que se crió, luego del fallecimiento de su padre. Sin embargo, a pesar de que era atractivo y educado, no la tenía deslumbrada.

Al pasear la mirada por el salón para devolverla a su interlocutora, Lizzy se encontró con otras dos, la del señor Knightley, que al sonreírle le puso cosquillas en el estómago, y con la de su acompañante, precisamente la de ese señor Darcy, que a diferencia de la de su amigo era fría y por quien ella se sentía decididamente opuesta. No obstante, desde que se había incorporado al baile y luego de que declarara que ella no era lo suficientemente guapa como para tentarlo a bailar, había notado que constantemente la observaba y la escuchaba, como si la estuviese estudiando. Lizzy solo podía sentir compasión por la aburrida y triste jovencita a su lado, que en cuanto el grupo se presentó en el baile, se supo que era la señorita Darcy, parecía, sin embargo, de tan buen carácter que le habría gustado incluirla en su club de nuevas amigas.

—No me molesta —se encogió de hombros—, pero no creo que sienta alguna preferencia por mí. Además sería muy pronto para saberlo.

—Ni tanto..., quiero decir, si a un chico le gustas no tardará en demostrártelo.

—Claro, claro, lo dices por tu admirador.

Marianne se ruborizó, delante de todos era obvio que ella y Willoughby se gustaban, habían formado pareja la mitad del tiempo y cuando se veían obligados a separarse se ocupaban de permanecer en el mismo recuadro uno junto al otro; cuando él estaba presente, ella no tenía ojos para nadie más y todo lo que decía era inteligente.

—Me refiero a tu hermana y al señor Bingley.

Las miradas de todas las chicas se desviaron al espacio que ocupaba la pareja, que desde hacía un buen rato estaban compartiendo un *tête-à-tête*, que justo en este momento fue interrumpido por esa joven que usualmente se dejaba ver acompañada por la hermana del señor Bingley, que ahora estaba con una muchacha bajita y rubia, que más temprano había sido presentada con ellas como Harriet Smith. Las muchachas se quedaron a la expectativa de lo que esa cercanía significaba, hasta que comprendieron lo que buscaba la distinguida joven: un baile entre el señor Bingley y su pequeña amiga.

El señor Bingley, que era un caballero, todo sonrisas, se incorporó para tomar la mano de la jovencita, y en lo que parecía una disculpa con Jane, avanzó hacia el cuadro de baile, dejando a la

mayor de las Bennet descolocada.

—Voy por ella —dijo Lizzy, pero apenas estaba incorporándose, notó que la señorita inoportuna le decía algo a su hermana, y que acto seguido ésta le sonreía enganchándose al brazo de la joven antes de recorrer el salón.

—Parece que tu hermana ha hecho una nueva amistad, Lizzy —comentó Charlotte.

—Eso parece... —tomó asiento nuevamente.

—Si no le demuestra pronto al señor Bingley lo que siente por él, dudo que su amistad se extienda a algo más que una simple preferencia en un baile público.

—Si él no sabe interpretar los sentimientos de mi hermana es porque no la merece.

Internamente, Elinor, que seguía la conversación, bajó la mirada. La advertencia de Charlotte en conjunto con la de Lizzy, la hicieron recordar su propia amistad con Edward Ferrars, el hermano de su cuñada, a quien había conocido los últimos días que estuvo en Norland Park, luego del fallecimiento de su padre, y a quien su natural reserva le impedía demostrar lo que sentía por él. Anne, por su parte, también sintió un poco de nostalgia por su propia historia.

—Es cierto —se atrevió a decir—, sino tiene un poco de confianza en lo que siente y no lucha por ello, se le pasarán los años antes de que pueda darse cuenta de que es demasiado tarde para el verdadero amor.

Al escucharla hacer esta intervención, las chicas se interesaron por conocer la historia de su pasado. Fue entonces cómo Anne les habló de Frederick, quien fuera su novio ocho años atrás, con el que rompió para que él pudiera establecerse profesionalmente y del que permaneció enamorada desde entonces, aunque sus caminos no volvieran a cruzarse.

Fanny, también en silencio, se miró los dedos cruzados sobre el regazo, pensando en su propia situación con Edmund, su primo del que secretamente se había enamorado desde que era una niña, casi desde el momento en el que, recién llegada a Mansfield Park, donde fue enviada para aliviar la carga familiar, se sentó a su lado en la escalera del ático para tranquilizar su llanto que no respondía a otro sentimiento sino al de la añoranza del hogar en el que había nacido.

Jane Fairfax trató de parecer impassible, no había sentimientos que exteriorizar en ella; Charlotte pensó que a sus veintiocho años, a menos que se presentara una oportunidad desesperada, tenía que conformarse con quedarse solterona; mientras Catherine suspiró ilusionada con la idea de que algún día pudiera ser la preferida de alguien, siquiera durante una noche en un baile público.

Los consejos no dejaron de hacerse llegar y el tema de los sentimientos revelados y encontrados fue discutido a profundidad.

Del otro lado del salón, aunque acompañada por la señorita más reconocida de Highbury y la hermana del señor Bingley, Jane, miraba el grupo en el que estaba su hermana con nostalgia, deseando volver allí, pero no pasó mucho tiempo para que el señor Bingley regresara por ella para llevarla nuevamente al cuadro de baile.

Por supuesto, en un grupo de chicas tan reconocidas en un baile no iba a pasar mucho tiempo sin que algún caballero se acercara para invitarlas a bailar, y pronto eso fue lo que sucedió. Wickham invitó a un nuevo baile a Lizzy, Willoughby había dejado descansar suficiente tiempo a Marianne y el señor Knightley hizo lo propio por su amiga Anne, que se sorprendió hasta el estupor, cuando en mitad de la danza miró entre los presentes justo al hombre que desde hacía ocho años no había dejado de ocupar sus recuerdos.

Algo de orgullo y un poco de prejuicio

El capitán Wentworth no tardó en hacerse el favorito de todos. Desde la distancia, Anne pudo observar al hombre que siempre había admirado convertido en alguien importante, sin reservas, muy apuesto y distinguido, apenas cruzaron una breve mirada y una inclinación de cabeza como saludo, ¿era eso todo lo que se merecía después de haberlo amado tanto?

Pero había pasado lo peor, se habían encontrado después de ocho largos y tormentosos años, y aunque había sido más desolador de lo que había imaginado, necesitaba superarlo a solas cuanto antes. Se excusó con sus amigas, alegando un repentino dolor de cabeza.

—¿Puedo ayudarte, Anne? —Indagó Elinor, quien temió que el violento cambio en el comportamiento de su amiga estuviera asociado a algo más que un ligero dolor de cabeza.

—Es él, Elinor —le confesó ella.

—¿Él?

—Frederick.

Frederick había sido el nombre que Anne había empleado para referirse a su amor de la juventud, pero en el baile se habían presentado dos nuevos caballeros que fueron introducidos por el señor Knightley al grupo de muchachas, como el capitán Wentworth y el coronel Brandon.

—¡Oh...!

—Es él, el hombre que recién ha llegado al baile, el capitán Wentworth.

Él y su amigo, el segundo caballero, el coronel Brandon, se habían encontrado en el camino a Londres cuando por múltiples consideraciones necesitaron desviarse a Highbury.

—Comprendo —le dijo Elinor, robándole una mirada al hombre, que parecía risueño a las atenciones de jóvenes como las menores hermanas Bennet u otras que Elinor desconocía, pero la observación más importante es que actuaba indiferente a la presencia de su amiga.

—No puedo seguir aquí, es demasiado triste para mí.

—Anne... —Elinor trató de detenerla, pero su amiga se dirigió directamente hacia Lady Russell, en cuya compañía había venido al baile, quien no tardó en cumplir el deseo de Anne de retirarse.

—¿Le pasó algo a su amiga? —Indagó con ella el coronel Brandon, un hombre distinguido, de un trato que reflejaba el más alto nivel de educación y dominio de sí mismo.

—Solo está un poco indispuesta.

Pero la contagiosa risa de Marianne, que estaba acompañada por Willoughby, llamó la atención de ambos. Elinor se preguntaba cuánta indiscreción había en el comportamiento de su hermana, mientras el coronel Brandon recordó en la joven a aquella mujer que amó hacía muchos años; desde entonces no había conocido otra criatura tan hermosa y llena de vitalidad. Ambos se sorprendieron, no obstante, cuando Marianne se dejó cortar un mechón de pelo que fue reservado por su amigo.

—Es mi hermana, por favor discúlpela —intervino Elinor, sin embargo la imprudencia de Marianne le parecía vergonzosa.

—Hay algo tan dulce en la falta de prejuicios de una mente joven, que no siento que haya un motivo que disculpar.

Sin embargo todo baile tiene su final y ésta había sido una noche de infinitas emociones que no podía extenderse para siempre.

Para comenzar, Emma lamentó que Frank Churchill no se presentara en Highbury para el baile

como se lo había prometido al señor Weston; que Robert Martin le robara dos o tres bailes a Harriet Smith; y que la tal Jane Bennet, que a pesar de sus privadas intenciones, le pareció una chica encantadora, fuera la favorita de Charles Bingley. También lamentó que el señor Knightley, que en raras ocasiones bailaba, le hubiera dado una especial atención a esa chica Elizabeth Bennet mientras que a ella, su amiga desde que era una niña, no la hubiera solicitado una vez.

Del otro lado del salón, Lizzy consideró que había bailado suficiente por esta noche, que estaba cansada y que era necesario un momento de soledad; a pesar de la helada afuera, la terraza era el único lugar que consideraba para escuchar sus reflexiones para un resumen de la noche: un chico la había cortejado, otro la había despreciado —esto la hizo reír— y uno más había sido su salvador, este último, el señor Knightley, ocupaba sus pensamientos cuando alguien le habló:

—Tendrá, usted, frío —reconoció la voz del señor Darcy aproximarse, lo cual confirmó cuando al volverse le encontró despojándose del levita para colocarlo sobre sus hombros.

—No se moleste, solo voy a estar unos minutos acá afuera. Necesitaba del aire fresco.

—Usted también.

Lizzy le miró de soslayo, le parecía diferente ver al perfecto señor Darcy tan informal, despojado de una parte esencial de su indumentaria para conseguir esa apariencia sobria, y aunque este detalle le hacía ver jovial y desprendido, lejano al hombre vanidoso y orgulloso, que estaba segura que era, recordó que en realidad era un hombre injusto y que a ella le desagradaban las injusticias; con ella misma había cometido una, desdeñándola por su apariencia, suponía que al no tener vestidos exclusivos ni a la última moda, como las señoritas Caroline Bingley o Emma Woodhouse, no estaba a su altura, ¡ah!, no, perdonen, es que no era lo suficiente guapa para tentarlo. Evitó reír en este momento. Le había herido el orgullo, pero ello podía soportarlo; lo que había hecho con su nuevo amigo, sin embargo, le era imperdonable, negarle lo que por derecho le correspondía, impedir los deseos de su propio padre, era una crueldad.

—Por favor, manténgase abrigada mientras esté acá afuera... —le indicó cuando Lizzy trató de remover el levita de sus hombros.

—Gracias —ella prefirió no contradecirlo en esto—, pero estaba usted acá antes que yo y no querrá compartir la soledad.

—¿Era eso lo que usted buscaba en un baile, señorita, estar sola?

—Siempre disfruto de la soledad aunque esté rodeada de un centenar de personas.

—¿Cómo la ha pasado?

—Bastante bien, considerando que se trata de un baile lejos de casa, donde conocía a muy pocos.

—¿De dónde es?

—De Hertfordshire, señor.

Lizzy lo miró con frialdad esperando que abandonase el escrutinio, pero él hizo una inclinación de cabeza en aquiescencia y continuó:

—Tiene el don de hacer amigos con facilidad.

—Hacer amigos no tiene nada de particular, incluso se puede comenzar con una simple invitación a bailar.

Tenía que sacárselo del sistema, no podía disimular la antipatía que sentía por él. Sin meditarlo un segundo más, removiò la levita para devolvérsela.

—Disculpe, necesito volver adentro para reunir a mi familia. A la luz del día debemos retomar nuestro viaje.

—¿Hacia dónde se dirigen? —La chica seguía con el brazo extendido, pero Darcy se resistía a recuperar su indumentaria.

—Vamos a Kent para visitar a un familiar.

Al conocer esto le recibió el frac.

—Yo también debería pasar. He descuidado por mucho tiempo a mi hermana —ella asintió, le dio las gracias y trató de adelantarse al salón, pero él prefirió acompañarla y caminar a su lado, hombro con hombro, como su igual. En su interior, Darcy se felicitaba por arreglar el mal paso con la única chica que en años había conseguido una emoción en él. No es que fuera un engreído, pero reconocía que había sido prejuicioso con ella cuando más temprano Charles le sugirió que la invitase a bailar, pero ahora tenía algo con lo que podía trabajar, sabía que iba a Kent, y aunque no le agradaba la idea de que el conocimiento de esto le inquietara, tal vez le hiciera falta un poco de diversión. Diversión que fue opacada por una imagen que a él le puso un nudo en el estómago.

Cuando estuvieron delante del portal y abrió la puerta para ella, Lizzy notó que el aspecto de él había cambiado, que se había vuelto colérico e irracional, la apartó sin mucha ceremonia y se dirigió al centro del baile, donde, después de todo, alcanzó a ver que Wickham bailaba con la señorita Darcy.

Darcy trató de dominarse pero estaba enloquecido, si hubiera previsto que tan lejos de casa se encontrarían con él, no habría traído a Georgiana al paseo.

—¡Señor Darcy! —Reconociendo las intenciones del hombre, Lizzy trató de impedirlos.

Pero a Darcy no le conmovieron sus ruegos, se detuvo delante de la pareja para apartar a su hermana de quien fuera el protegido de su padre y, sin pensarlo, le propinó un puño que terminó con Wickham desmayado y sangrando en el suelo.

El baile se detuvo y la atención de los asistentes que quedaban en el salón se centró en la acción. Lizzy corrió al lugar de la escena y apartó a la chica.

—¡Yo no quería...! —Ella lloró.

—Está bien, está bien... —Lizzy trató de consolarla, mientras, confundida, miraba a Darcy tratando de descifrar por qué parecía tan atormentado—. Todo va a estar bien.

Los amigos de Darcy no tardaron en presentarse a su lado, Emma estaba avergonzadísima de que algo así hubiera sucedido justo cuando su amigo le había pedido que cuidara de su hermana.

—¿Está usted bien, Emma? —Le preguntó el señor Knightley antes de acercarse a su amigo—. Luce muy pálida.

—No se preocupe por mí, por favor, corra a ver cómo está nuestro amigo.

Y como es normal en un suceso como éste, en un baile tan concurrido, la víctima estaba rodeada de un grupo considerable de curiosos que señalaban al victimario, como era lo justo, sin embargo, unos segundos luego, milagrosamente el desfallecido reaccionó y su contrincante, demostrando de lo que estaba hecho, le extendió la mano ensangrentada para ayudarlo a incorporarse.

Ya sin nada más que indagar sobre el tema, no hubo más golpes ni propuestas de duelo, con un baile sin más sorpresas, se determinó, un par de minutos más tarde, que había concluido.

gracias por leer



La historia continúa en *Baile de Primavera*, que próximamente será publicada en el [blog Ficción Femenina](#).

